

confianza y la gloria de esperanza hasta el fin. Por lo cual: «Si oyéreis hoy su voz, no endurezáis vuestros corazones como sucedió en el lugar de la *contradicción*, y en el día de la tentación en el desierto, en donde me tentaron vuestros padres dudando de mi poder, y donde vieron mis obras por espacio de cuarenta años. Por esto me indigné con esta generación, y dije: «Estos siempre pecan de malicia; no conocieron mis caminos: así les juré en mi cólera que no entrarían en mi reposo. Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazón malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo; antes amonestaos vosotros mismos los unos á los otros cada día, entretanto que se nombre hoy, para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado; por cuanto somos hechos participantes de Cristo, con tal que conservemos firme hasta el fin la fe viva. Según lo que está escrito: Si su voz oyéreis hoy, no endurezáis vuestros corazones, como sucedió en el lugar de *contradicción*. Porque algunos de los que oyeron su palabra le provocaron á saña, aunque no todos los que habían salido de Egipto por Moisés».

Ahora bien. ¿Con quienes estuvo indignado cuarenta años? ¿Por ventura no fué con aquellos que pecaron, cuyos cadáveres quedaron tendidos en el desierto? ¿Y á quienes juró que no entrarían en su reposo, sino á aquellos que no le creyeron? Así vemos que no pudieron entrar por causa de su incredulidad. Temamos, pues, que no se encuentre excluido del reposo eterno de Dios, por haber despreciado la promesa que nos ha sido hecha de entrar en él.

Tal es la saludable instrucción que la Providencia nos ofrece en los acontecimientos de la antigua alianza. Aprendamos también á no exagerar las faltas de otro. Quizás, en nuestra indignación contra la ingratitud de los hebreos, llegaremos hasta decir que de todos los que salieron de Egipto, no hubo más que dos que entraron en la tierra de Canaán, y que todos los demás, siendo rebeldes, perecieron en el desierto. Pero esto no es así, según lo expresa el Apóstol. «Algunos, dice, de los que oyeron la palabra fueron rebeldes; pero no todos los que salieron de Egipto con Moisés». Así, pues, no todos, sino solamente algunos, fueron excluidos del reposo en la tierra prometida.

En efecto: toda la población de veinte años abajo, que sin duda formaba más de la mitad de la población total entró en ella con Josué. Además, en la condenación contra los murmuradores, no se ha hablado más que de los hombres que habían pasado revista, y en manera alguna de las mujeres; lo cual hace salvar todavía de la pena de muerte á casi la mitad de la población restante. En fin, toda la tribu de Leví ha-

bía permanecido en el campamento con Moisés y el Arca del Testimonio. Todo esto bien considerado, basta para deducir que de toda la población que Moisés hizo salir de Egipto, no fué toda, sino la quinta ó la cuarta parte la que entró en la tierra prometida, en castigo de esta rebelión.

Después de su salida, los hijos de Israel volvieron al campamento, entraron en sentimientos de penitencia y lloraron delante del Señor. Le suplicaban, sin duda revocase la sentencia de muerte y que les permitiese entrar desde luego en la tierra de Promisión, de la cual estaban tan cerca. Pero Dios fué inexorable sobre este punto. Después de haber permanecido largo tiempo en los mismos lugares en Cades-Barne, volvieron á entrar en el desierto, hacia el mar Rojo, y por él viajaron de una estación á otra, hasta el fin de los cuarenta años.

Un día encontraron á un hombre que recogía leña en día de sábado. Le presentaron á Moisés, á Aarón y á toda la Asamblea. Como no se sabía de qué manera debía ser castigada esta profanación, se le puso en prisión. El Señor decidió por medio de Moisés, y fué apedreado.

Dice el sagrado texto: «Aconteció estando los hijos de Israel en el desierto, que hallaron á un hombre que estaba cogiendo leña en día de sábado.

»Y le presentaron á Moisés y á Aarón, y á toda la sinagoga.

»Los cuales le encerraron en la cárcel, no sabiendo lo que debían hacer de él.

»Y dijo el Señor á Moisés: Muera sin remisión ese hombre; mátales todo el pueblo á pedradas fuera del campamento.

»Y habiéndole sacado á fuera, le apedrearon, y quedó muerto, como el Señor lo había mandado».

Si el profanador del sábado había procurado ocultarse á las miradas de los hombres, Coré, de la tribu de Leví, Dathán y Abirón, de la tribu de Rubén, intentaron una rebelión más atrevida; se levantaron contra Moisés y Aarón, y atrajeron á su conjuración doscientos cincuenta hombres de los más distinguidos, y que eran llamados por sus nombres en los días de consejo. La envidia y la ambición impulsaba á los unos y á los otros. Los dos rubenitas, así como un tercero, llamado Ibón, pero que parecía haberse retirado más tarde del complot, veían sin duda con indignación que el sacerdocio, que, según el derecho patriarcal, pertenecía al primogénito, fué quitado á la tribu de Rubén, á causa del incesto, y trasladado á la de Leví. Coré, que del mismo modo que Moisés y Aarón, descendía de Caath, segundo hijo de Leví, veíase con disgusto confundido con la multitud de los simples levitas y excluido para siem-

pre del sacerdocio. En vano el Señor había llamado á Aarón para pontífice suyo, en vano había manifestado esto con prodigios, ya en Egipto, ya en el desierto. Coré no daba oídos más que á su ambición; aspiraba al supremo pontificado, como la multitud de sus cómplices al sacerdocio. Reunidos contra Moisés y Aarón, hicieron lo que hacen los demagogos de todos los siglos; explotaron la credulidad del vulgo. «Básteos ya, decían, básteos ya lo hecho hasta aquí; puesto que todo este pueblo es de santos, y en medio de ellos está el Señor, ¿por qué razón os alzáis tanto sobre el pueblo del Señor?» Cuando oyó esto Moisés, se proternó sobre su rostro, dirigió sus ruegos al Señor, después hablo á Coré y á todo su partido, diciendo: «Mañana hará patente el Señor quienes son los que pertenecen á él, y hará llegar á sí á los que son santos, y los que escogiese se acercarán á él.» Les recomendó que al día siguiente tomase cada uno su incensario, y ofreciesen perfumes á su Señor: «Y el hombre que escogiese el Señor, éste sera el santo». Además de esto, les dirigió todavía amigables exhortaciones: «Escuchad, hijos de Levi: Pues qué, ¿os parece poco que el Dios de Israel os haya separado de todo el pueblo, y acercado á sí para que le serviérais en el culto del tabernáculo, y que asistiérais delante del concurso del pueblo y ejerciérais su ministerio? ¿Ambicionáis todavía el sacerdocio? ¿Para esto os subleváis contra el Señor? Porque ¿quién es Aarón para que murmuréis contra él?»

Moisés hubiera podido citarles su propio ejemplo. Tenía dos hijos, y sin embargo, quedaron confundidos en el número de los levitas.

Al mismo tiempo envió á llamar á Dathán y Abirón, hijos de Elías, pero ellos respondieron con desdén: «No iremos, ¿Te parece aún poco el habernos sacado de una tierra que manaba leche y miel, para hacernos morir en el desierto, sino que te hayas también enseñoreado de nosotros? Por cierto que nos has metido en una tierra donde corren arroyos de leche y miel, y nos has dado posesiones de campos y de viñas. ¿Quieres, por ventura, sacarnos también los ojos? No, no iremos». Y Moisés, sumamente irritado, dijo al Señor: «No atiendas á sus sacrificios: Tú sabes que ni siquiera un asnillo he tomado jamás de ellos, ni á ninguno he hecho daño». Después dirigiéndose á Coré: «Tú y toda tu cuadrilla presentaos mañana aparte delante del Señor, y Aarón te presentará separadamente; tomad cada cual vuestros incensarios, y echad en ellos incienso, ofreciendo al Señor doscientos cincuenta incensarios; y tenga Aarón también el suyo».

Se presentaron, en efecto, doscientos cincuenta con sus incensarios delante de la puerta del Tabernáculo; Moisés y Aarón se encontraban

allí á su lado. Coré había reunido contra ellos toda la multitud; pero la gloria del Señor se dejó ver á todos, y hablando á Moisés y Aarón, dijo el Señor: «Separaos de en medio de esa gavilla, y en un momento los consumiré». Pero al punto se prosternaron Moisés y Aarón sobre sus rostros, y dijeron: «Oh fortísimo Dios de los espíritus de todos los hombres, ¿es posible que por el pecado de uno se ha de ensañar tu ira contra todos?» Entonces el Señor dijo á Moisés: «Manda á todo el pueblo que se separe de las tiendas de Coré, de Dathán y de Abirón». Y Moisés se levantó y fuese hacia Dathán y Abirón, y los ancianos de Israel le siguieron, y dijo á la multitud: «Retiraos de las tiendas de esos hombres impíos, y no toquéis lo que á ellos pertenece, para que no seáis envueltos en sus pecados». Cuando todos se retiraron de las tiendas, Dathán y Abirón aparecieron á sus puertas con sus mujeres é hijos y toda la tropa, y dijo Moisés:

«En esto conoceréis que el Señor me ha enviado á ejecutar todas las cosas que veis, y que no las he forjado yo en mi cabeza.

»Si estos que me acusan murieren de la muerte ordinaria de los hombres, y fueren heridos del azote que suele también herir á los demás, no me ha enviado Dios.

Pero si el Señor hiciera una cosa nunca vista, de manera que la tierra abriendo su boca se los trague á ellos y á todas sus cosas, y bajen vivos al infierno, sabréis entonces que han blasfemado contra el Señor».

Luego, pues, que acabó de hablar, se rompió la tierra bajo sus pies, y abriendo su boca se los tragó juntamente con sus tiendas y sus haberes, y descendieron vivos al infierno.

Aunque no siempre la voz infierno en la Sagrada Escritura significa el lugar de los condenados, lo significa sin duda en este pasaje. «Se abre y divide la tierra debajo los pies de aquellos que han roto la unidad del cuerpo místico de la Iglesia», observa San Agustín.

Los hijos de Coré fueron salvados milagrosamente de aquel castigo. Mas todo Israel, que estaba al contorno á los gritos de los que perecieron luego, diciendo: «No sea acaso que á nosotros nos trague también la tierra».

Al mismo tiempo, saliendo fuego del Señor, mató los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso. Y el Señor hablo á Moisés, diciendo:

«Da orden á Eleazar, sacerdote, hijo de Aarón, que tome los incensarios que han quedado esparcidos en medio del incendio, y desparrame á una y otra parte el fuego que hay en ellos: por cuanto han quedado ya consagrados.

»Con la muerte de los pecadores: y que los reduzca á planchas, las cuales clave en el altar, por haberse ofrecido en ellos incienso al Señor, y quedar á el consagrados; á fin de que los hijos de Israel las miren como una señal y un recuerdo.

Eleazar, según la orden del Señor por Moisés, tomó los incensarios de bronce que habían quedado en medio de la combustión, hizo de ellos planchas, clavándolas en el altar á fin de que en lo sucesivo los hijos de Israel tuviesen como un recuerdo para que ningún extraño, y que no fuese de la familia de Aarón, se acercase á ofrecer incienso al Señor, «porque no le acontezca lo que le aconteció á Coré y á todo su séquito, según la palabra del Señor á Moisés».

Al día siguiente toda la multitud de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón diciendo: «Vosotros habéis muerto al pueblo de Israel», y levantándose una sedición, y creciendo el tumulto, Moisés y Aarón entraron en el Tabernáculo de la Alianza: entrados dentro, la nube les cubrió, y apareció la gloria del Señor, y dijole á Moisés: «Retiraos de en medio de esta multitud, y yo los exterminaré al instante». Los dos se prosternaron en tierra, y Moisés dijo á Aarón: «Toma el incensario, y sacando fuego del altar, echa incienso sobre él, y ve pronto al pueblo para que ruegues por ellos; porque ya ha salido la ira del Señor y la plaga ha comenzado». Aarón obedeció y corrió en medio de la multitud, y ya la mortandad había comenzado en el pueblo; ofreció perfumes, y poniéndose entre los muertos y los vivos, intercedió por el pueblo y cesó la mortandad. Los que habían muerto de esta plaga fueron en número de catorce mil, sin contar los que perecieron en la sedición de Coré.

«Quien desobedece á las potestades superiores, desobedece á la ordenación ó voluntad de Dios. De consiguiente los que tal hacen se acarrean la condenación», ha dicho el Apóstol (Romanos XIII. 2.) Como en el tiempo de la antigua Alianza hubo rebeldes contra Moisés y Aarón, así también en todos los tiempos de la nueva Alianza, se han levantado hombres ambiciosos contra los ministros de Dios, negando su misión y dignidad; pero también jamás han dejado de recibir el castigo de Dios por su rebelión.

Una vez el estrago hubo cesado, volvióse Aarón hacia Moisés á la puerta del Tabernáculo de la Alianza. Aarón era aquí, intercediendo por el pueblo, como gran sacerdote, la figura de Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres.

Para hacer constar por medio de un prodigio más admirable todavía el derecho de la casa de Aarón al sacerdocio, mandó Dios á Moisés que

tomase de cada uno de los doce príncipes de las tribus de Israel una vara ó bastón seco, que inscribiese en ella el nombre del príncipe; pero que el nombre de Aarón fuese inscrito sobre la vara de la tribu de Leví. Debía depositar estas varas en el Tabernáculo de la Alianza delante del Arca del Testimonio. El que escogiere el Eterno de entre ellos, su vara florecerá, para hacer cesar los murmullos de los hijos de Israel. Moisés ejecutó la orden del Señor. Y habiendo entrado al día siguiente en el Tabernáculo del Testimonio, halló que había florecido la vara de Aarón de la casa de Leví, y echando botones habían brotado flores, y extendidas sus hojas se transformaron en almendras. Salió al punto, hizo ver las unas y las otras á todo el pueblo, y cada uno conoció y recogió la suya. En cuanto á la de Aarón, Dios mandó volverla al Tabernáculo del Testimonio, para que fuera allí guardada en señal de la rebeldia de los hijos de Israel y cesasen sus murmullos contra él, porque no mueran.

(La vara de Aarón, antes seca y después verde con hojas y frutos, es, según varios Santos Padres, símbolo de nuestro Divino Pontífice Jesús, primero humillado y muerto, y después resucitado y colmado de frutos. Orígenes ve figurada en esta vara la cruz de Cristo, y San Bernardo á la virgen María que produce la flor de Yesé).

Los hijos de Israel dijeron á Moisés: «Ved que todos hemos sido consumidos, todos hemos perecido. Cualquiera que se acerca al Tabernáculo del Señor, es herido de muerte. ¿Hemos de ser todos aniquelados hasta no quedar ninguno con vida?»

Y el Señor dijo á Aarón: «Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo seréis responsables de la iniquidad que se cometa en el Santuario: (seréis responsables de las faltas que se cometan contra el Santuario); y tú y tus hijos juntamente pagaréis las culpas de vuestro sacerdocio.

»Toma también contigo á tus hermanos de la tribu de Leví, y á la familia de tu padre para que te asistan y sirvan; más tú y tus hijos ejerceréis vuestro ministerio en el Tabernáculo del Testimonio.

»Los Levitas, pues, estarán además á tus órdenes y á todo cuanto haya que hacer con respecto al Santuario: con tal, empero, que no se arrimen á los vasos del Santuario y al altar, á fin de que ni mueran ellos, ni vosotros perezcáis juntamente con ellos:

»Estén, sí, contigo, y velen en la guardia del Tabernáculo y en todas las cosas de su servicio. No se mezclará con vosotros personas alguna de otra stirpe.

»Velad en la guardia del Santuario y en el ministerio del altar, para que no se levante indignación contra los hijos de Israel».

Desde este momento, el derecho exclusivo de la familia de Aarón al

sacerdocio no fué puesto ya en duda: tan poderosamente conmovió al pueblo la catástrofe de Coré, Dathán y Abirón, que había sido testigo de ella.

En nuestros días, alguno ha querido explicar esta catástrofe de una manera completamente nueva. Atribuye generosamente la pólvora á Moisés; le hace escavar con habilidad una mina debajo de las tiendas de Abirón y de Dathán, y después en el momento designado, la mina estalla. Esta explicación debería hacer desaparecer el prodigio, y ella sin embargo, es otro mayor. Prescindiendo de esta pólvora tan frescamente inventada en tiempo de Moisés, ¿cómo, por ejemplo, en medio de un motín se podría hacer una mina, de la noche á la mañana, bajo las tiendas de los jefes del complot, sin que ninguno se apercibiese? ¿Cómo estas minas, en vez de hacer saltar el aire la tierra, la abren para hundirla sobre las tiendas absorbidas? El inventor de esta explicación es lo que se llama un hombre de pro, uno de estos doctores improvisados capaces de todo, á quienes la loca sociedad moderna pide leyes y libros. (1) ¿Lo habrá dicho por gracia? No, lo ha dicho lo más seriamente del mundo, en un libro impreso, después de una serie de años de reflexiones y estudios. El improvisador de leyes francesas quiere ser rival del legislador hebreo. Este ha hecho, hace ya treinta siglos, una legislación que dura todavía; nuestros modernos legisladores hacen todos los años leyes, que no duran algunas un año siquiera. Esta ley de Moisés, en el tiempo predicho se ha desenvuelto y transformado en la ley de Cristo, que ha civilizado el mundo. ¿Se querrá negar el milagro, suponiendo que Moisés conocía la pólvora? ¿Pues con qué barriles de pólvora habrá establecido una legislación admirable por su duración, de la cual ha salido una legislación más admirable todavía? ¡Y con manufacturas completas de pólvora, con millares de cañones, con fusiles de los sistemas más perfeccionados, con cohetes á la Congreve, con fragatas blindadas y con todas las maravillas de la industria moderna, centenares de legisladores en cada país no hacen nada que sea duradero y estable! Ciertamente que lejos de disminuir la gloria de Moisés, se la realza, cuando después de treinta siglos no se encuentra que oponerla más que puerilidades de esta jaez. Pero volvamos al desierto.

Después de treinta y nueve años de viajes y de penas á punto de cumplirse los cuarenta años que el Señor dispuso que el pueblo anduviera errante por el desierto en castigo á sus dudas, á su falta de fe, los hijos de Israel acamparon en Kachech, en la *Vulgata* Cades,

(1) Eusebio Salverte.

en el día fuente de Ain-Kadis, en el desierto de Tsin. Allí, no lejos de la tierra á donde suspiraba llegar, María, la hermana del caudillo, no siendo de los llamados á pisar la tierra de Promisión, por haber murmurado contra su hermano, próxima estaba á sucumbir. Tenía cerca de ciento treinta años de edad; diez más que su hermano. De aquellos que se negaron á seguir á Josué y á Caleb, quedaban muy pocos. La nueva generación, aunque educada en las leyes que Moisés había publicado distaba mucho de la perfección.

¿Amaba y respetaba en absoluto á Jehová, como era su deber? ¡Ah!... eso no.

¿Obedecía ciegamente los mandatos del caudillo, y sufría con paciencia las penalidades del desierto? Tampoco.

Y eso que los prodigios continuaban; que el maná caía en abundancia; que la protección del Señor era tan clara, tan oportuna, tan exacta como siempre; que el trabajo de Moisés en nada había cambiado.

Por más que algunos autores lo pretendan, la verdad es que Moisés no ejerció tiranía alguna sobre los hebreos. Castigó; pero con arreglo á las leyes; como castiga toda persona prudente que ejerce autoridad, y que necesita mantener su prestigio, no para provecho propio, sino para bien de los demás. La historia es justa. Así como ha borrado el epíteto de «cruel» que se dió á Pedro I de Castilla, y hoy le llama el «Justiciero», de igual modo las críticas desapasionadas reconocen en Moisés un espíritu de igualdad y de rectitud, que le pone á cubierto de las insidiosas palabras de sus detractores. Que si el pueblo castellano era indómito; si vivía mal avenido con guardar las leyes; si esto obligaba al Monarca á desconfiar hasta de su propia madre, y aún más, de cuantas esposas tuvo, ni era mejor ni más pacífico el pueblo hebreo, ni rodeado estaba Moisés de seres que le amasen como debían. Ya hemos visto cómo Aarón fundió el becerro de Oro; cómo María murmuró, y cómo la tribu Sacerdotal se alzó contra él. Ante el delincuente, todos aquellos que ejercen autoridad son tiranos; pero dadles esa misma autoridad, y los veréis más duros para castigar que aquellos mismos á quienes criticaron.

María estaba enferma. Quizás los remordimientos, unidos al peso de los años, abreviaban por algunos días su existencia. Junto á su lecho estaban Moisés y Aarón. El silencio de los sepulcros reinaba en la estancia; silencio que sólo interrumpía de período en período la moribunda. Sus labios se plegaban; sus ojos se abrían; sus manos se levantaban hacia el cielo, formando eco en la garganta, que modulaba un nombre: ¡Jehová!